



Madrid 23 de Julio de 1888.

REVISTA SEMANAL

Año I.—Núm. 29

Oficinas: Claudio Coello, 13.

#### SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—Explicación de los grabados.—Lavinia, por Emilia Carlen (continuación).—Becquer á los dieciséis años, por Julio Nombela.—Ecos de la novela de la vida, por Juan de Madrid.—Preguntas y respuestas, por la Secretaria.—El regalo de este número.—Pasatiempo.—Advertencias.—Anuncios.

#### Crónica de la Moda.

DEJARÉ para mi próxima Revista el final de la historia que quedó pendiente, y hablaré en ésta de actualidades, que no lo serían si aplazase su narración. Aunque parisiense de pura raza, de cuando en cuando se complace la Moda en buscar las bellezas características de otros países, para formar con ellas sus primorosas y elegantes combinaciones. En este concepto, señalo con gusto la marcada tendencia de la edad, que yo no llamo caprichosa, sino inteligente y amable, á tomar de España detalles que en los últimos tiempos había buscado en Inglaterra.

Natural es que, después de la estirada seriedad británica, haya querido resarcirse de lo severo, de lo triste, de lo sombrío, pidiendo luz, color y alegría, al país del hermoso cielo, de las alegres castañuelas y de las mujeres de ojos de fuego.

En el Circo de verano, donde se reúne la *high-life*, ó sea, para imitar á la Moda, la flor y nata del París elegante, han hecho una brillante aparición las chaquetas toreras, que se distinguen tanto por la forma como por los bordados y alamares que ostentan, asemejándose, sobre todo en la ornamentación, á esas chaquetillas que con tanto interés vemos los parisien-



Núm. I.—TRAJE PARA RECEPCIÓN (Delantero y espalda.)

ses en los retratos de los toreros que exhiben los escaparates de las estamperías. Estas chaquetas se abren sobre un plastrón de crepón liso blanco, con cinturón en forma de abanico, de faya igual á la que constituye el fondo del traje.

Las damas de alta alcurnia que aún permanecen en París han adoptado este gracioso complemento de los vestidos tornasolados ó glaseados de colores pálidos, y puede asegurarse que la prenda que recuerda lo más característico de España, hará furor este verano en las playas y en los Casinos de los balnearios.

El oro y la plata de estos bordados, completan la ilusión. Si, como es de esperar, las españolas adoptan lo que es suyo, tendrán que ver las morenas con chaquetillas grana y oro y las rubias con chaquetillas azul y plata.

Una señora de la nobleza rusa, que brilla en los salones de París, lucía en el Circo de Verano el último sábado, que es el día de moda, un traje de faya, azul celeste muy pálido, sujeto al talle con un amplio cinturón blanco, y el cuerpo lo formaba una de esas chaquetas de que he hablado, azul pálido como la falda, cuajada de bordados de seda blanca, con lluvia de plata. Es rubia, joven, y estaba encantadora.

Otras alteraciones en el adorno y en los accesorios demuestran que Inglaterra ha perdido el pleito, al menos por ahora. Los cuellos bajos y plegados reemplazan á los altos, llamados cuellos de oficial, importados de la Gran Bretaña: los tacones bajos, también de origen inglés, desaparecen, y en su lugar se llevan los que adornan

Año I.—Núm. 29



ban los preciosos escarpines de Luis XV; aunque no muy altos, por consideraciones higiénicas dignas de tenerse en cuenta. Respecto del peinado, la tendencia á bajar se marca por momentos, y se eclipsan los moños retorcidos, con lo cual se inclina la moda más á favor de las cabezas típicas españolas ó italianas, que de las británicas, de las que copió los peinados altos. Las chaquetas bordadas, los anchos cinturones, al mismo tiempo que recuerdan las modas *Directorio*, nos acercan á la Península Ibérica; y por último, las capotas *Cristina* son otra prueba de la tendencia que señalo, toda vez que deben este nombre á la Reina Regente de ese simpático país.

Y por cierto que ya que he citado á esta augusta señora, describiré dos trajes que ha encomendado á uno de los modistos más inspirados de París, y que he tenido ocasión de ver.

Los dos, según mis noticias, han sido ideados por la ilustre dama. Uno de ellos es de crespón de la China, de un color lila muy pálido, casi blanco, adornado con rosas sin follaje, también muy pálidas y bordadas en relieve á bastante distancia unas de otras. Por supuesto, las rosas son de matices distintos. Las hay blancas, té, amarillas, encarnadas y de color de rosa. Este traje se entreabre por los costados sobre una falda de seda glaseada, rosa y blanca, plegada á pliegues muy sujetos. Cuerpo *Recamier* unido á la falda, con escote redondo, sobre un fichú de muselina de seda plegada, gran cinturón de crespón de la China con largos flecos de seda y anudado en el costado. El otro es de un género completamente español. Falda lisa de piel de seda gris, adornada en el bajo con aplicaciones de encaje de plata, sujetas con perlas de oro. Cola de *pekin* moaré y faya gris y blanca. El cuerpo, forma Figaro, aparece cuajado de bordados de plata, salpicados á intervalos de perlas de oro mate. La espalda está unida á la falda. Mangas de crespón gris pálido, plegadas y flotantes.

Alguna de mis lectoras tendrá ocasión de ver puestos estos trajes á la Reina Regente, y las demás supongo que se complacerán de que les haya descrito dos modelos que de todos modos representan la elegancia y el lujo.

Los encajes siguen desempeñando, en la actualidad, un papel importante en el adorno femenino. Las nuevas levitas, cuando son de seda tornasolada, se llevan con falda de en-

caje blanco, crema ó crudo, y cuando son de encaje, con falda de seda. Las levitas más lujosas se hacen con entredoses de encaje y cinta de moaré crema, lisas ó abullonadas. Algunas emplean para esto cintas tornasoladas de los mismos matices de la falda.

Los trajes de tul bordados, negros ó blancos, pueden considerarse, del mismo modo que las levitas de encaje, como la suprema elegancia. Estos trajes se componen de volantes sobre transparente y de algunas draperías; pero las más características son las faldas de tul bor-

dado, redondas y fruncidas. El cuerpo se hace á pliegues cruzados, y el cinturón *Directorio* es indispensable. Completan estos vaporosos trajes las sombrillas de encaje, ó de gasa con volantes plegados, ó formando abullonados, sujetos por cintas glaseadas, y el bellissimo sombrero *Francisco I*, adornado con penachos de plumas.

Y á propósito: las plumas ganan terreno estos últimos días sobre las flores.

Los pájaros, y particularmente los loros, son los más buscados, por la afición al color verde, que se sostiene. Estos loritos se muestran anidados entre el tul ó la gasa.

Nada he dicho de las boas de encaje que, recordando á los de pieles que tanto se llevaron durante el invierno, constituyen uno de los adornos más en boga.

También hacen furor las lanillas adornadas con cinta de seda tornasolada, que parece formar parte del tejido.

Todos estos primores están destinados á adornar bellas figuras y á aparecer en cuadros, cuyo fondo será el campo ó el mar.

Ya que hoy me he dedicado á revolotear en el florido campo de la Moda, hablaré de las últimas novedades relacionadas con actos importantes de la vida familiar y social.

Las cajas de du'ces destinadas á celebrar el bautismo de un recién nacido, han perdido el carácter inocentemente cómico que tenían en los últimos tiempos. Ya no aparece en ellos la famosa leyenda: *Tengo el honor de participar á usted que he nacido*. Hoy estas cajas han adquirido un sello de arte y de elegancia que deben conocerse. Tienen la forma de un libro antiguo, y en una de las tapas de pergamino, artificialmente maltratado

por el tiempo, se leen en caracteres góticos el nombre del niño, la fecha de su nacimiento y los nombres del padrino y la madrina, que son los que regalan los dulces. Es, pues, una fe de bautismo á la antigua, y los bombones que contiene la caja, símbolo del deseo de que sea dulce y apacible la vida que inaugura el adorado infante.

Las esquelas anunciando el nacimiento son en papel vitela, con letra gótica también y en un francés antiguo.

Indicaré asimismo una modificación que se ha introducido en las esquelas des-

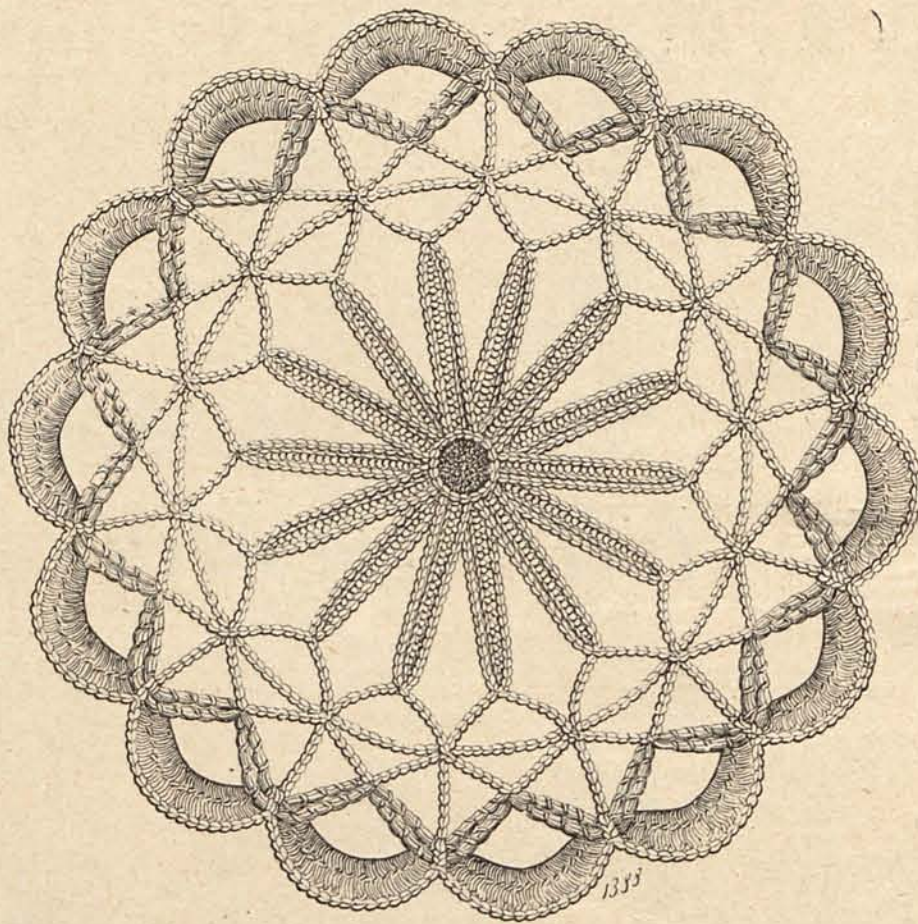
tinadas á anunciar por las familias el casamiento de los hijos.

Hasta ahora los padres de la desposada redactaban una, y los padres del desposado otra. Las dos iban dirigidas bajo un mismo sobre, con otra de los recién casados á los amigos y relaciones.

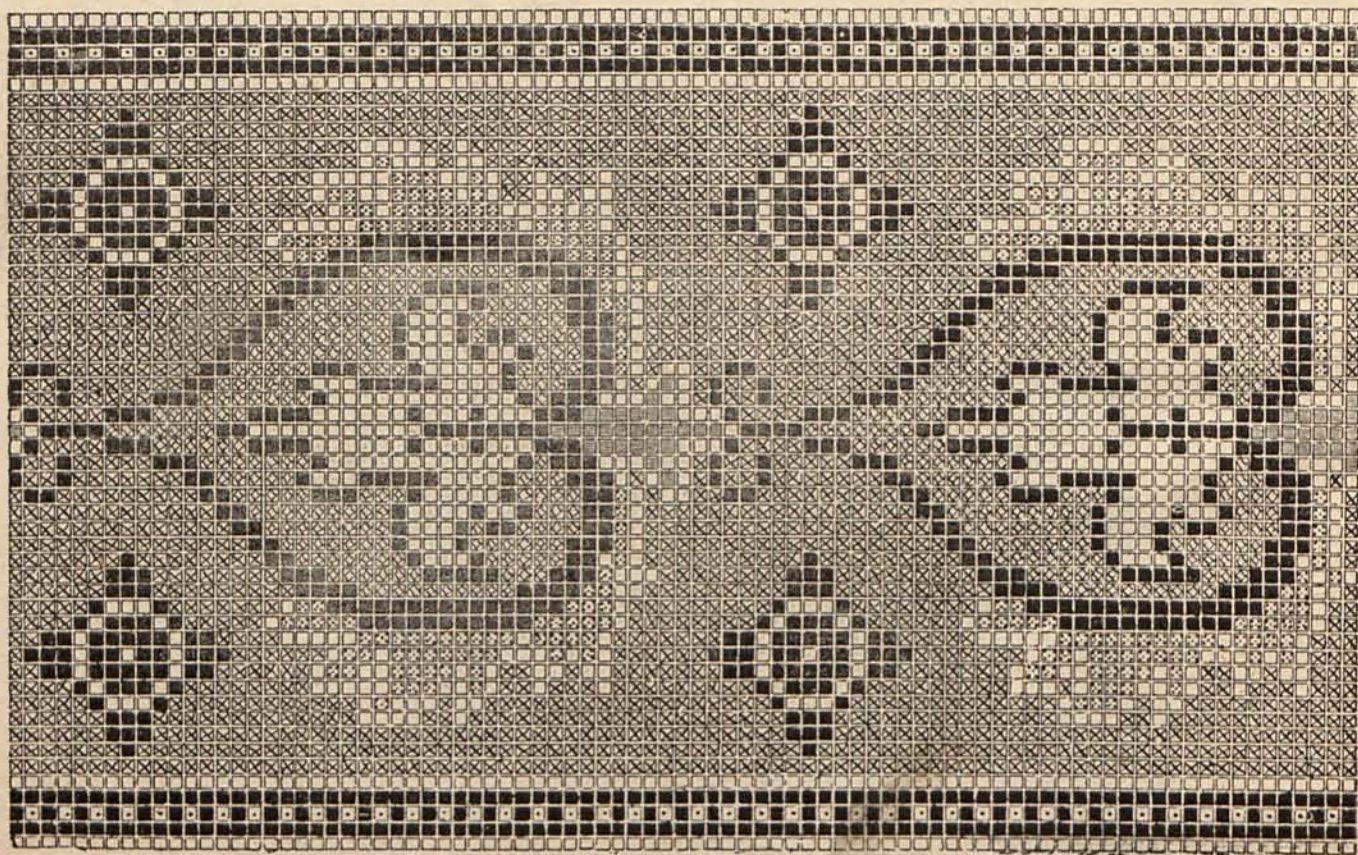
Ahora un sola esquela basta para anunciar el fausto suceso. La boda ha hecho de dos familias una: una sola página debe participar esta conjunción.

Es más sencillo, más afectuoso y más económico.

Después de hablar del nacimiento y de la boda... no puedo



NÚM. 2.—ESTRELLA AL CROCHET



□ Blanc. □ Rouge. □ Brun. ■ Vert. □ Jaune. ■ Noir. □ Bleu.

Blanco. Encarnado. Marrón. Verde. Amarillo. Negro. Azul.

NÚM. 3.—BANDA DE TAPICERÍA PARA BUTACA



menos de pensar en lo que significan estos dos actos importantes de la vida. ¡Qué de ideas me asaltan! Siguiendo mi natural inclinación á profundizar, me extendería de buena gana...

Pero tranquilícense las lectoras, me falta espacio, y por hoy me detengo en la superficie; pero ya seguiremos haciendo excursiones al fondo, en busca siempre de la eterna belleza.

BLANCA VALMONT.

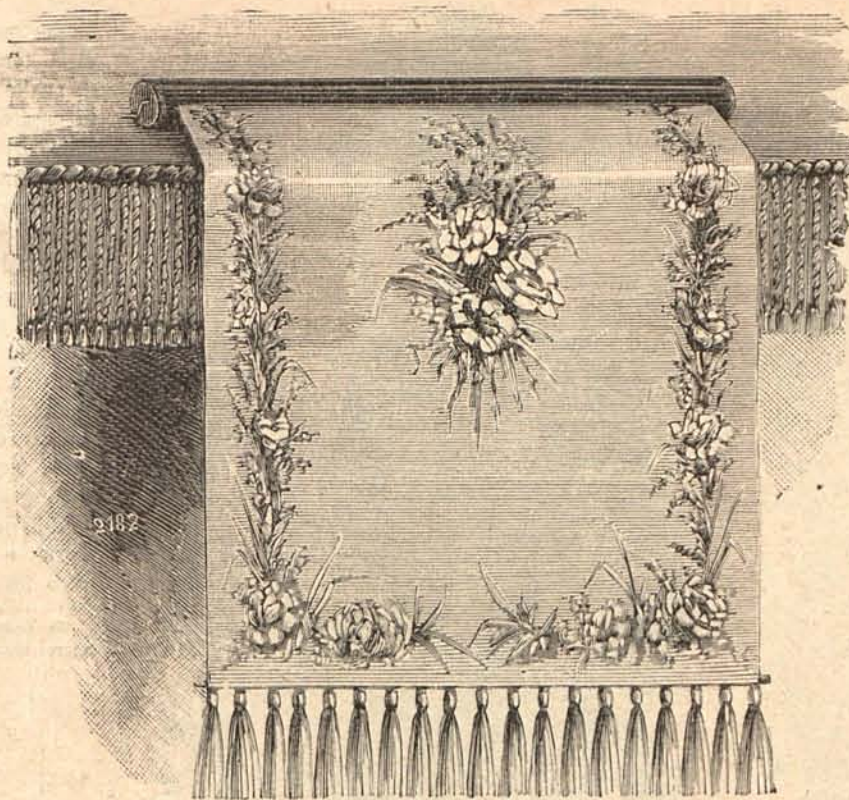
## EXPLICACION DE LOS GRABADOS

Núm. 1. **Traje para recepción (delantero y espalda).**—Cuerpo de lana lisa, abierto por delante y por detrás sobre *plastrones* fantasía, rodeados de un plegado de lana lisa. Mangas lisas de lana moteada. Falda de lana fruncida por detrás y cubierta por una drapería de lana lisa que forma *pouf* por detrás. Tela necesaria: 5 metros de lana y 4 de lana moteada doble ancho.

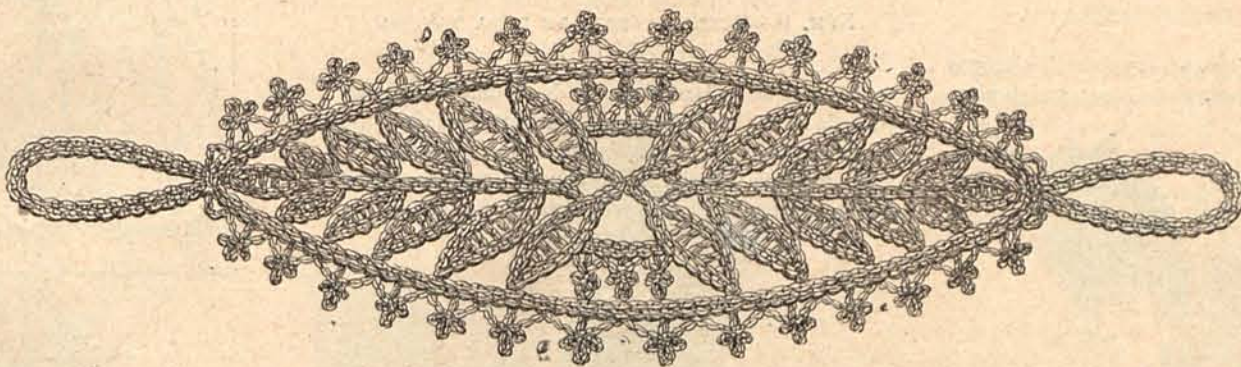
Números 2, 3, 4, 5 y 6. (Véase *La bores*.)

Núm. 7. **Cuerpo de lana brochada.**—Este cuerpo, abrochado por detrás y completamente liso por delante, se adorna con una pelerina Imperio, fruncida en el cuello. Sombrero de paja, forrado de terciopelo y adornado con un ala de fina y bonita pluma.

Núm. 8. **Cuerpo-túnica de lana rayada.**—Abrochado en el lado y recogido sobre la falda en ligeros *paniers*. Cinturón anudado en el costado. Mangas huecas, con puños ajustados. El delantero del cuerpo se adorna con encajes. Sombrero Directorio adornado con flores.



NÚM. 4.—PANTALLA PARA CHIMENEA



NÚM. 5.—ABRAZADERA AL CROCHET PARA CORTINAS

N.º **Sombrero Tapageur paraniña.**—Es de paja color nutria y tiene la copa cubierta por multitud de florecitas azules.

Núm. 10. **Sombrero Irene para niña.**—De paja gris. Un gran lazo de terciopelo, enlazado con florecitas rojas, cubre la copa.

Núm. 11. **Cuerpo de tisú indio.**—Abierto por delante sobre una camiseta de encaje crema, que baja hasta el borde del cuerpo. Los delanteros, que están sueltos, se adornan también con encajes. Mangas fruncidas. Sombrero de paja de alas vueltas, con ramo de *miosotis* y un doble lazo de cinta.

Núm. 12. **Cuerpo de piel de seda.**—Completamente liso. El delantero se adorna con una aplicación de terciopelo rodeada de bordados de pasamanería. Capota de encaje, adornada con cocas de cinta, color fuego.

Números 13 y 14. **Traje para viaje (delantero y espalda).**—De lana azul de dos tonos. Larga túnica muy ajustada, sujeta al talle con un cinturón azul. Mangas lisas, adornadas con galones. Falda redonda, plegada por detrás. La túnica, que baja hasta el borde de la falda, se abre

en los costados. Sombrero de encaje, adornado con cintas y una rosa. Tela necesaria: 6 metros de lana azul y 3 de lana un tono más claro, doble ancho.

Núm. 15. **Trajes para Casino.**—1.º Cuerpo Luis XIII, de piel de seda, color nutria, abierto sobre una camiseta de encaje crudo. Mangas de piel de seda y encaje. Falda de piel de seda cubierta por un recogido de encaje crudo, sujeto en el costado con escarapelas de cinta color nutria. Cinturón de pasamanería. Sombrero de paja nutria, adornado con gasa color crudo. Tela necesaria: 4 metros de piel de seda y 4 de encaje crudo, doble ancho.—2.º Es de *surah* gris y encaje. El cuerpo se abre en el delantero sobre un fichú de encaje y forma corsete abotonado. Mangas cortas. Falda fruncida en la cintura y la parte baja, guarnecida de un ancho volante de encaje. Túnica recogida en *paniers*. Sombrero *Margotte*, de paja de Italia, adornado con rosas. Tela necesaria: 20 metros de *surah* gris.

Números 16 y 17. **Traje para campo (delantero y espalda).**—De percal ó satén con lunares. Cuerpo ajustado, abierto por delante sobre un *plastrón* de *pekin*. Mangas huecas. Cuello, cinturón y carteras de seda. Falda redonda con tres palas de *pekin* en el delantero. Sombrero *paillason*, con lazo de cinta. Tela necesaria: 16 metros de percal de lunares.

## LABORES

Núm. 2. **Estrella de crochet.**—Se empieza por hacer 3 puntos de ca., y se sigue todo alrededor, aumentando en cada vuelta algunos puntos hasta que resulten 28 pun-

tos: á continuación 18 puntos de ca., luego se vuelve haciendo puntos sencillos hasta llegar al principio de la cadeneta. Se repite catorce veces para formar los pétalos de la estrella. Sobre estos pétalos se hacen tres vueltas de puntos de ca., primera de dobles bar., separadas por 15 puntos de ca., y por último el festón, compuesto de 12 bar., y dos medias bar.

Núm. 3. **Banda de tapicería para butaca.**—Los colores van indicados por medio de signos al pie del grabado. Esta banda sirve también para portiers.

Núm. 4. **Pantalla para chimenea.**—De terciopelo granate. Se borda todo alrededor una guirnalda de flores y en el centro un ramo que haga juego con la guirnalda. En la parte baja de la pantalla se pone un fleco de seda.

Núm. 5. **Abrazadera al crochet para cortinas.**—Las hojas se hacen separadas y se unen después con una sencilla labor, que se completa con una puntilla. En los extremos de la abrazadera se colocan presillas.

Núm. 6. **Esquina para servilleta.**—Esta servi-

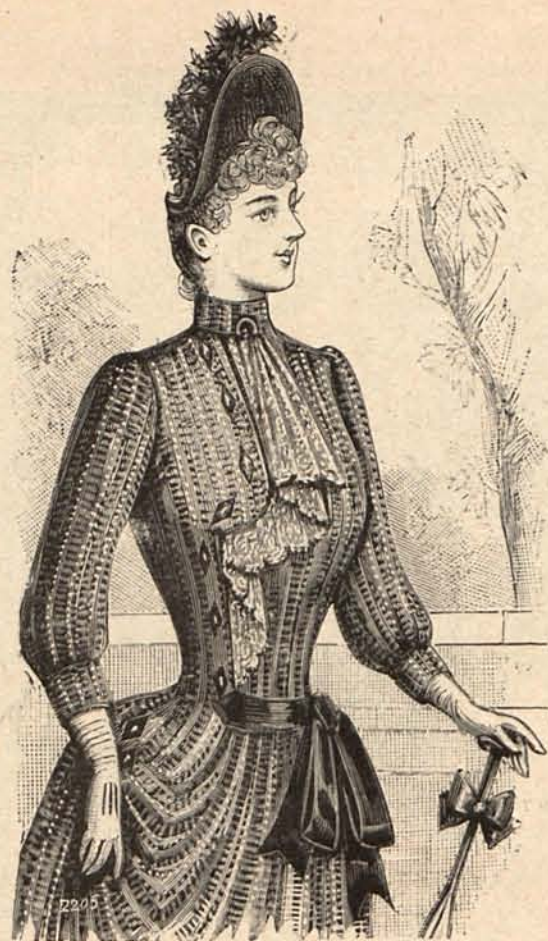
AÑO I.—NÚM. 29.





NÚM. 7.—CUERPO DE LANA BROCHADA

lleta, que tiene por objeto que no se enfríen los huevos cuando se sirven, se confecciona de la manera siguiente.



NÚM. 8.—CUERPO TÚNICA DE LANA RAYADA

te. Se toma un pedazo cuadrado de crudillo fino, y después de haber bordado en las cuatro puntas el dibujo que representa nuestro grabado, con algodón encarnado, se forra interiormente con franela encarnada; hecha esta operación, se unen tres de las puntas en

la parte de arriba por medio de un botón, dejando suelta la cuarta para sacar los huevos.

## LAVINIA

POR EMILIA CARLEN  
(Continuación) (1).

El día á que nos referimos, la señora Brunsberg salió al encuentro de su amo, y con su más meliflua voz le dijo que la señora se hallaba algo indispueta

(1) Véanse los números anteriores.



NÚM. 9.—SOMBRERO «TAPAGEUR» PARA NIÑA

y le rogaba que la dispensase que, como de ordinario, no estuviera en su puesto.

—Supongo que su indisposición no ofrecerá cuidado, dijo Hermán, nos sabiendo si debía ir ó no á enterarse por sí mismo del estado de Lavinia.

—La señora me ha dicho que va á ver si puede descansar un rato. Hermán se sentó y almorzó; pero á pesar suyo estaba preocupado



NÚM. 10.—SOMBRERO «IRENE» PARA NIÑA

con la noticia que le había dado el ama de llaves.

Aquel día, en vez de salir de casa ó á paseo, como de costumbre, permaneció en su cuarto.

A la hora de comer, tampoco halló en su puesto á Lavinia.

—Debo ir á verla, á informarme... pensó. Este paso no puede ofenderla.

Y sin vacilarse dirigió al gabinete de la joven. La puerta estaba cerrada, y llamó.



2140

NÚM. 15.—TRAJES PARA CASINO



NÚM. 13.—TRAJE PARA CALLE (Delantero.)



NÚM. 14.—TRAJE PARA CALLE (Espalda.)



NÚM. 16.—TRAJE PARA CAMPO (Delantero.)



NÚM. 17.—TRAJE PARA CAMPO (Espalda.)



NÚM. 11.—CUERPO DE TISÚ INDIO

—Dispénsame usted, dijo Lavinia, sin abrir; no me encuentro bien, y voy á acostarme.



NÚM. 12.—CUERPO DE PIEL DE SEDA

Había en la voz de la joven algo de extraño, una agitación que sorprendió al Coronel.

Con más empeño que antes, y fundándose en sus derechos de marido, quiso enterarse de lo que pasaba, y forzando la puerta penetró en la estancia.

Lavinia estaba recostada en una butaca; una mortal



palidez cubría su rostro; pero ante el acto que acababa de cometer el Coronel, toda la sangre afluyó á sus mejillas, y sus ojos expresaron la más violenta ira.

Hermán no se turbó.

—La inquietud me ha obligado á desobedecer las órdenes de usted, Lavinia, dijo Hermán, procurando, al hablar, que la inflexión de su voz no revelase la turbación de su alma.

—Mi indisposición es insignificante y no debe inspirar á usted la menor inquietud.

Aquella vez, ni sus palabras, ni el tono con que las pronunció, lograron ocultar el disgusto que experimentaba.

Jamás su esposo había notado en ella una situación de ánimo tan tirante; pero á pesar suyo, obedeciendo á una voluntad irresistible, procuró sobreponerse y continuó hablando con dulzura:

—Aunque hubiera deseado obedecer á usted, mi corazón habría rechazado esta obediencia; porque cuando la veo á usted enferma ó triste, y hoy en verdad no sé si es tristeza ó enfermedad lo que usted tiene, no puedo prescindir de desear ofrecer á usted consuelo.

Había en sus palabras una sinceridad tan sencilla, tan ingenua, que Lavinia pareció conmovida, y su mirada se aclaró; pero esto sólo duró un instante. Acto continuo estrujó convulsivamente un papel que guardaba en una de sus manos.

—Mi querida Lavinia, prosiguió el Coronel: ¿por qué se obstina usted en ocultar sus emociones? ¿Por qué no deja usted en libertad á sus sentimientos y los confía á los que desean aliviar sus tristezas? ¿Qué es lo que tiene usted?

—Nada, Hermán.

—Me engaña usted, Lavinia. Esa emoción que revela su semblante, obedece á una causa. ¿Si yo la advinase!... ¿Si yo mismo se la revelase á usted!...

—¡No, no quiero oírla! exclamó la joven, con una vivacidad poco común en ella. ¡Qué me importan las suposiciones que pueda usted hacer!

—Pues aunque á usted le pese, voy á decirle la causa de su estado, exclamó el Coronel. Ha recibido usted una carta de su hermano en la que le ofrece su protección y le aconseja que vuelva á su lado.

Lavinia se irguió; sus labios palidecieron; sus facciones se contrajeron dolorosamente; pero cuando habló había en su acento una ironía tan fría, que apenas revelaba el dolor que sentía en el fondo de su alma.

—No sé, exclamó, si debo felicitar á usted por su perspicacia; pero puesto que se explica usted de ese modo mi indisposición, no vacilo en suplicar á usted que apresure cuanto pueda el momento de mi partida.

El Coronel retrocedió como si hubiera recibido un golpe inesperado. Su mirada, poco antes tierna y casi ardiente, se tornó fosca y sombría. Estuvo algún tiempo sin hablar; cuando lo hizo, ya había logrado vencer la violenta emoción que acababa de experimentar.

—Si mañana después de almorzar, dijo á su esposa con la mayor calma, no ha cambiado usted de resolución, la silla de postas estará á sus órdenes.

Sin pronunciar una palabra más, abandonó la estancia.

Lavinia se dejó caer en el sillón, ocultando su cabeza con las manos. Aquel nuevo viaje que iba á emprender era para ella, sin duda alguna, la señal de una separación eterna.

—Pues bien, sea, exclamó irguiendo la frente, impulsada por una de las súbitas resoluciones que constituyen el rasgo característico de su naturaleza. Partiré. ¿Qué importa que se anticipe la época de nuestra necesaria separación?

Para explicar la escena precedente y la situación de ánimo en que hemos hallado á Lavinia, es necesario que sepan las lectoras que aquella mañana había recibido la visita de una señora desconocida, que era precisamente aquella tan parlanchina y tan murmuradora á quien vimos en casa del vicario el día en que tanto sufrió la joven esposa del Coronel.

—Dispense usted, señora, la indiscreción que cometo al venir á molestarla sin tener el honor de conocerla, dijo al entrar la enredadora; pero no ignoro su mucha bondad de usted, y á ella apelo para que excuse mi audacia. Se trata de un favor que sólo usted puede dispensarme.

—Esas excusas son superfluas, señora, dijo Lavinia con la fría urbanidad que empleaba para tratar á las personas á quienes no estimaba. Dígame usted en qué puedo servirle.

—Ya que usted me lo permite, voy á explicarme. Mi hija Sofía, que á Dios gracias ha recibido una excelente educación (para mí la educación es lo más importante); mi hija Sofía, como iba diciendo, es muy amiga de la señorita Karina de Nidersnick, y se ha comprometido á bordarle el pañuelo que ha de lucir el día de su boda. Con este motivo, desearía hacer un trabajo primoroso, una obra de arte, y buscando modelos...

—¿Han creído ustedes que me sería fácil ofrecérselos? dijo Lavinia interrumpiéndola. Pueden ser hija y usted disponer de todos los bordados que poseo.

—Gracias, gracias, señora. Ya me lo figuraba yo

cuando decía mi hija: «Si alguien en la comarca tiene bordados incomparables, es sin disputa la señora de Rosenberg:» pero como no teníamos el honor de conocer á usted, creía difícil... Sin embargo, mi hija me animó, diciéndome: «Yo creo, mamá, que no se enfadará esa señora porque le supliquemos que nos preste algunos modelos; de todos modos, y para no molestarla, puedes ir antes á casa de María Rhenmann...» ¡Ah! Usted dispense, señora, la indiscreción que he cometido pronunciando ante usted el nombre de esa desgraciada.

Aunque herida por las vulgares alusiones de su interlocutora, Lavinia conservó toda su calma.

—Al hablar así, parece que duda usted de mi conmiseración, dijo con altanería. La desgracia de esa joven me interesa y me conmueve; así es que puedo oír pronunciar su nombre sin disgustarme.

—Jamás he dudado de la generosidad de usted, señora, y por mi parte soy demasiado cristiana para complacerme en arrojar á nadie la primera piedra.

—Me parece que ha venido usted á hablarme de bordados; prosigamos.

—Es verdad, y si molesto á usted es porque, aunque he ido á ver á esa... joven, me ha impresionado tanto, que no he podido contener las lágrimas al hallarme en su presencia. Era la primera vez que la veía después de su desdicha. Supongo que comprende usted á lo que aludo.

—Sí; á la pérdida de su hijo. Por desgracia hay este año muchas enfermedades en la comarca, y las criaturas son las primeras víctimas.

—Sí, por cierto. Ya sé que ustedes han sufrido también. ¡Oh! Habrá sido un golpe terrible para el Coronel, pero no hay más remedio; es necesario acatar la voluntad de Dios. Ya se ve, como después de su desventura la pobre María se ha quedado sin clientela, todos los modelos que tiene son muy viejos y no ha podido darme más que uno, que he aceptado por si no hallaba otro.

Y al decir estas palabras, sacó del bolsillo un modelo de bordado, de entre el cual cayó un papel al suelo.

—¡Ay, Dios mío! añadió la entremetida. Por lo visto no ha reparado que me daba al mismo tiempo una carta, y voy á tener que volver á su casa.

Al recoger el papel del suelo, lo desdobló, y Lavinia pudo observar que en el membrete aparecían las armas de su marido.

—Voy á traer á usted algunos bordados, dijo á su interlocutora, levantándose y disponiéndose á salir de la estancia, para que no sorprendiera la indignación que se apoderó de su ánimo.

—Muchas gracias, señora. Si en algo puedo ser á usted útil...

No pudo concluir, porque Lavinia desapareció, y cuando volvió al poco rato, entregó los bordados á la pedigrifeña y le dijo que se los llevase sin verlos, porque tenía vivos deseos de que se alejara.

Como por un descuido, dejó caer de nuevo el papel que poco antes había causado tanta sorpresa como indignación á Lavinia, y partió.

El primer movimiento de la joven fué apoderarse de aquel escrito y hacerlo mil pedazos; pero una voluntad superior le obligó á leerlo. He aquí lo que decía aquella carta:

«No se aflija usted, María; mi esposa está muy lejos de abrigar la menor sospecha, y, por lo tanto, una confidencia en estos momentos sería tan inútil como ridícula. Además, ¿para qué apresurar el momento de hacer semejante declaración?

«Comprendo, sin embargo, toda la delicadeza que entraña el deseo de usted, y si creyera necesaria la confesión que usted pretende hacer, sería el primero que le aconsejaría que la hiciera; pero en el estado actual de las cosas la juzgo inoportuna, lo cual no me pesa; porque hay cosas que, por delicadamente que se traten, siempre son motivo de aflicción y tormento.

«María, no debería usted oponerse á que vaya á verla. ¿No sabe usted que me complace en estar cerca de usted? Los dos sufrimos, nos comprendemos y podemos auxiliarnos mutuamente.»

Al pie de este escrito aparecía la firma de Hermán Rosenberg.

La lectura de aquella carta trastornó á Lavinia; todas sus ilusiones se desvanecieron: todas las suposiciones que había hecho para explicarse la amistad de María Rhenmann con su esposo, quedaban destruidas; la verdad aparecía clara y terminante ante sus ojos. ¡Y qué verdad! Después de conocerla, ¿se atrevería á soportar la mirada del Coronel, á responder á sus preguntas? No; semejante resolución era superior á sus fuerzas, y para no ver á su esposo prefería anunciar que estaba enferma, teniendo de este modo tiempo para recogerse y reflexionar—¿Qué desengaño! ¿Con qué tal era Hermán? ¿Como todos los hombres! ¡Y había tenido valor para decirle que nunca había amado! ¿Qué haría con aquella carta? ¿Se la devolvería á María Rhenmann sin pedirle explicaciones? Pero ¿no era este precisamente el medio de provocar una explicación? La carta, que leía y releía, á pesar suyo, ¿no hablaba del deseo de evitar una confesión? Levantóse, y paseando agitado por la estancia:

—¡Soy una insensata! exclamó. No puedo, no, debo

soportar resignada este escándalo que todo el mundo conoce. ¿Puedo consentir que vaya á ver á esa mujer, á esa mujer que le ruega que deje de visitarla? ¡Ah, Dios mío! ¿Qué hacer? Y no hay más remedio; debo hablar ó resignarme á sufrir.

Después de un rudo combate consigo misma, optó por el silencio; pero surgía una dificultad. ¿Cómo devolver la carta á María, sin que pudiera suponer que había pasado por sus manos? Rápidamente evocó el recuerdo de todas las personas que le rodeaban, y se fijó en el mayordomo. El era el hombre que necesitaba: reservado, fiel, incapaz de comprender el sentido de la misión que se le confiaba. Tiró de la campanilla y precisamente en aquel momento fué cuando el Coronel penetró en la estancia contra la voluntad de su esposa. La joven no esperaba verle; no había pensado en la actitud que guardaría ante él. La sorprendió en el momento de su mayor sobreexcitación; así es que todas las palabras que se escaparon de sus labios, fueron involuntarias. No se dió cuenta de su significación. Con altanería, con amargura, con pesadumbre salieron de sus labios, y hasta que Hermán partió, no pudo darse cuenta de lo que le pasaba.

Entonces las palabras de su esposo resonaron de nuevo en su oído como un eco fatídico:

—«Si mañana después de almorzar no ha cambiado usted de resolución, la silla de postas estará á sus órdenes.»

¡Y se vería obligada á partir!

¡Y todo cambiaría para ella! Una terrible angustia se apoderó de su corazón.

(Se continuará.)

## BECCUER A LOS DIECISEIS AÑOS <sup>(1)</sup>

En el otoño de 1853 nos veíamos con frecuencia, paseábamos y hasta soñábamos juntos Gustavo Becquer, Narciso Campillo y yo.

Residíamos en Sevilla, donde mis dos amigos habían nacido, y donde yo me hallaba como de paso.

Los tres llenos de ilusiones, halagados por mágicas esperanzas, nos comunicábamos nuestras ideas, nuestras aspiraciones, y no era la menor entre las últimas la de alcanzar la fama de los grandes poetas á quienes admirábamos, entre los que Goethe, Shakespeare y Byron figuraban en primer término.

Becquer vivía de la caridad de un tío suyo, pintor como su padre y como su hermano Valeriano; Campillo disfrutaba de mejor posición; su madre, una mujer valerosa, trabajaba con heroísmo para que su hijo, huérfano de padre, pudiera seguir la carrera que con tanta brillantez acabó. Yo vivía en los linderos de la pobreza.

Nuestra precaria situación nos impulsaba á abandonar á menudo la ciudad tentadora, con sus cafés, sus montañeses y sus teatros, á perdernos en el campo bajo los olivares; en una palabra, á buscar la naturaleza, en cuyo seno podíamos considerarnos ricos ó poco menos.

Una tarde, después de un largo paseo por la orilla del río, nuestra conversación perdió la vaguedad que solía caracterizarla. Éramos ya hombres: Campillo había cumplido dieciocho años; Becquer y yo teníamos dieciséis. No podíamos perder más tiempo; debíamos tomar una resolución formal para asegurarnos un porvenir.

Por de pronto, nuestras miradas se fijaron en Madrid: la corte era el palenque donde debíamos luchar.

Con este motivo yo fui aquella tarde, á los ojos de mis dos compañeros de ilusiones, poco menos que un oráculo.

Yo era de Madrid, había vivido casi siempre en Madrid, debía regresar en breve á Madrid con mi familia... Intuitivamente, obediendo á esa petulancia natural en todas las personas en los momentos en que sirven para algo, ponderaba yo las dificultades que nosotros, *genios* ignorados entonces, debíamos hallar en Madrid para realizar nuestros deseos.

En honor de la verdad, yo había perdido, ó mejor dicho, no me había tomado hasta entonces el trabajo de darme cuenta de la noción siquiera de mi ciudad natal; Becquer nos pintó el Madrid que él veía en su imaginación; yo aseguré que era tal como Becquer lo pintaba, porque su descripción me entusiasmó; Campillo, algo más práctico que nosotros, y á quien sus gustos clásicos permitían vivir á la vez en el cielo y en la tierra, preguntaba detalles que, aunque prosaicos, daban idea de su buen sentido; yo contesté satisfactoriamente á sus preguntas, los tres nos embriagamos de entusiasmo y nos juramos, ya de noche, á la luz de la luna que rielaba sobre las aguas del Guadalquivir, trasladarnos á Madrid, ser aquí hermanos, y convertirnos en los poetas más célebres de nuestros tiempos.

—No podemos ir con las manos vacías, decía Campillo.

—De ningún modo, añadía Becquer: necesitamos llevar por lo menos un tomo de poesías.

(1) En vista del afecto que profesan las lectoras á la memoria del malogrado poeta, les ofrezco este artículo, que forma parte de un libro titulado *Recuerdos de mi tiempo*.



—Entre los tres, pronto reunimos las necesarias, decía yo con la más profunda convicción.

—¡Poco á poco! exclamaba Campillo, revelando su gran conciencia literaria: no vamos á imprimir todas las composiciones que ya hemos hecho ó podemos hacer. Un tomo, y más colaborando para formarlo tres poetas, exige obras de verdadero mérito.

—¡Obras de primer orden, inspiradas!

—Sólo así encontraremos editor en seguida.

—Por eso no hay que apurarse, decía yo con la mejor buena fe; nos sobrarán editores.

—¿Que nos pagarán bien?

—¡Ya lo creo!

—¿Como cuánto podrán darnos por el tomo? me preguntó Campillo.

—Un dineral, contestó Becquer, antes que yo pudiera responder.

—¡Eso es, una fortuna! asentí yo,

—Seremos ricos.

—Haremos felices á nuestras familias.

—¡Yo por mi madre lo deseo! dijo Campillo.

Becquer y yo nos miramos con tristeza: ¡no tenemos madre!

Después de un largo y animado debate, convinimos en reunirnos todas las noches en casa de Campillo. Allí, en el camaranchón (*sobrado* llaman en Sevilla á esta pieza), en el camaranchón que le servía de gabinete de estudio, leeríamos las composiciones que escribiéramos, serían escrupulosamente examinadas, desechadas ó sometidas á corrección, y cuando por unanimidad aprobásemos una obra, bien copiada por un hermano de Becquer que tenía excelente letra, sería depositada en una arquita de madera de pino que poseía Campillo.

Este pacto se cumplió al pie de la letra. Becquer era más tolerante que Campillo: éste no perdonaba la menor falta, y las composiciones caían bajo el peso de la ley que habíamos establecido, y que ¡cosa extraña, siendo españoles! respetábamos religiosamente.

¡Con qué ardor trabajábamos!

Ya había en el arca guardadora de nuestro tesoro treinta ó cuarenta composiciones, cuando la primavera de 1854 nos sorprendió. El invierno se nos había pasado sin sentir.

Después de calcular las páginas que ocuparían aquellos versos y de leer con la imaginación los elogios que unos críticos que nosotros formábamos á nuestro gusto, dedicarían á nuestro libro, anunciando al mundo entero la aparición de tres grandes poetas, Becquer nos dijo con la mayor formalidad:

—El momento de emprender el viaje se aproxima. El libro está en el arca. Es preciso buscar recursos para el viaje. Aunque lo efectuemos en galera acelerada, son diez días, por lo menos, de camino. El pasaje, la manutención, los primeros momentos en Madrid, todo esto representa gastos. Vamos á buscar esos medios que nos faltan, y á partirlos como buenos hermanos.

Quizás fué aquel el único momento en que Becquer vió la vida en toda su triste realidad.

Campillo se quedó silencioso y triste.

Su madre podría darle lo necesario para el viaje; pero ¿cómo iba á tener valor para separarse de ella?

Yo regresaría á Madrid con mi familia, y no necesitaba anticipos.

Becquer prosiguió haciendo cuentas.

—Vamos á ver, dijo, sentándose á una mesa y disponiéndose á trazar guarismos sobre un papel, que conservo como una reliquia; hagamos un presupuesto para saber á qué atenernos. ¿Cuánto nos darán por el tomo?

Campillo y yo nos miramos.

—Figuremos una suma aproximada, añadió Becquer, volviendo á ser poeta, haciendo de la aritmética una lira. ¿Qué cálculáis que nos dará un editor, teniendo en cuenta que no somos aún celebridades?

—¡Qué menos que mil duros!... me atreví á decir yo.

Campillo me miró asombrado. Sin duda le parecía que yo soñaba.

Pero Becquer, indignado de mi indicación, que juzgó misera y hasta ridícula, entusiasmándose, todo alma, todo ilusión, todo grandeza:

—¡Mil duros! ¡Eso se da á cualquier coplero!... ¡Ver-güenza causaría á un editor ofrecernos esa suma irrisoria! Pongamos seis mil duros, y estad seguros de que será algo más lo que nos den.

—Bien; pongamos seis mil, contesté yo, que creía en Becquer, cuyo talento adoraba, como si hablara por su boca el Evangelio.

Campillo nos miró con esa sonrisa que todavía rezo-

ta en sus labios cuando quiere creer lo que no cree. —Ya he puesto 120.000 reales, dijo Becquer, esmerándose en la ejecución de los ceros, como si presintiese que sólo aquellos círculos era lo que iba á quedar de nuestras ilusiones. Lo primero es pagar las cantidades que nos anticipen. Con 2.000 reales salimos de deudas: —2.000 reales,— y trazó este nuevo guarismo en el papel. ¿Está bien? añadió fijando en nosotros sus pardos ojos, que en aquel instante iluminaba la más pura y feliz de las alegrías.

—Sí, contestamos, comenzando á creer que todo aquello era verdad.

—En Madrid pasaremos algún tiempo viviendo humildemente, mientras se imprime el tomo. ¿Qué tardará en imprimirse? ¿Un mes?

—Menos.

—No; hay que corregir bien las pruebas, dijo Campillo.

—Pongamos para los gastos de ese mes, 1.000 reales; ¿no os parece?

—Bien.

1.000, escribió Becquer debajo del 2.000.

—Una vez publicado el libro, hay que cambiar de vida; querrán las gentes conocernos, tratarnos, nos invitarán á los salones, habremos salido de nuestra misera situación y tendremos que presentarnos con decencia y hasta con lujo. En vestirnros emplearemos 6.000 reales. ¿No es eso?

—Sobraré...

—No, que estamos muy derrotados. No quito ni un ochavo de los 6.000. (Entonces no había céntimos.)

Y este guarismo fué colocado debajo de los anteriores con la mayor simetría.

—En un año, lo menos, no podremos producir otro libro; pero bien distribuido el importe de la venta del primero nos dará para vivir con holgura. Para comprar libros y asistir al teatro fijaremos 12.000 reales.

—Perfectamente.

—Gastos de casa, manutención, café, etc., etc., otros 12.000 reales.

—Sí... ya será bastante.

—Pongamos 30.000 para nuestras familias; 10.000 cada uno. Con esa cantidad mis hermanos podrán remediarse; tu madre no se verá obligada á trabajar como trabaja, dijo á Campillo; y dirigiéndose á mí, añadió:—Y tu padre podrá sufrir con más resignación su prolongada cesantía.

Los tres nos confundimos en un abrazo. Por poco cae un borrón en el papel. No cayó, pero sí alguna lágrima, cuyas huellas contiene.

—Prosigamos; y después de sumar mentalmente dijo: ya tienen su destino 68.000: nos quedan 57.000. Aprenderemos á montar á caballo, ¿qué os parece?

—Hombre no, dijo Campillo, práctico siempre.

Pero yo me entusiasmé con la idea, y la aplaudí.

—Destinemos para la adquisición de tres caballos 15.000, y 9.000 para los gastos que ocasionen. Quedan 33.000. ¿En qué los gastaremos?

Esta pregunta nos pareció un problema insoluble. —¡Dios mío! ¿En qué gastaríamos aquel sobrante? Éramos poetas, y no sabíamos dar destino á aquella cantidad.

Permanecimos algunos momentos perplejos, nos mirábamos, mirábamos al techo, escudriñábamos nuestra experiencia, y nada...

—¡Ya sé en qué vamos á gastar ese dinero! dijo Becquer de pronto.

Y trazó en el papel una línea que decía así:

«Para limosnas... 33.000 reales.»

Nuestra alegría por esta inspiración no tuvo límites.

Después de retratarse Becquer sin saberlo, nos separamos satisfechos. ¡Nuestro era el mundo!

¡Los pobres pensando en dar limosna!

¡Decididamente éramos poetas!

JULIO NOMBELA.

## ECOS DE LA NOVELA DE LA VIDA

Estamos viviendo en plena novela.

Pero no se trata de esas lecturas á que nos convidan el ingenio, el sentimiento y el buen gusto. ¡Nada de eso!

Es la novela patibularia, la que chorrea sangre, la que saborean en los folletines las personas ávidas de emociones.

Parece que los criminales han brotado al calor del mes de Julio como las víboras y los alacranes en los tostados arenales de África.

Si fuera la humanidad como se nos presenta estos días, ¡qué horror y qué asco!

El crimen de la calle de Fuencarral, cuyos detalles estremecen. ¿Será verdad que un hijo, por depravado que sea, ha podido asesinar á la que le tuvo en su seno, á la que le adoraba con delirio? No ya el alma, hasta el cuerpo deleznable se resiste á creerlo. ¿Por qué no nos ocultan esas llagas? ¿Acaso es permitido atentar á las creencias de una sociedad? ¿Es necesario que asistamos á esas autopsias morales, que respiremos esa atmósfera de podredumbre? ¿No dicen que el secreto es esencial en los sumarios?

No niego que la prensa, con sus minuciosos detalles y hasta con sus impertinentes pesquisas, puede ayudar á la justicia. No dudo que formando la opinión, puede evitar debilidades y complacencias. Pero cuando hay epidemia, no se desinfectan los parajes en donde ha causado víctimas. Puede tolerarse que todas las clases sociales, y entre ellas las jóvenes que viven en la atmósfera pura de la familia, de las virtudes, del afecto, se enteren de que hay mujeres como la Higiniá, hijos como el que esta mujer acusa de parricidio y miserias como las que resultan de todas las declaraciones y detalles del proceso.

La madre asesinada y robada en Madrid, la mujer despedazada en Valencia, la madre incestuosa é infanticida de Dolores, la joven viciosa y desalmada de Don Benito. Pero, Señor, ¿qué es esto? ¿Qué peste se ha extendido por España?

Y es indecible el interés, casi la fruición con que se leen y releen los detalles. ¿No sería conveniente un poco de tacto para contar y un poco de piedad para callar lo que no debe decirse?

¡Cómo se queda nuestro espíritu después de esas lecturas que nos atraen!

Sobre todo el espíritu de las señoras.

Los criados nos parecen meditar crímenes contra nosotros; los que han de heredarlos nos asustan; cualquier ruido nos estremece, el corazón se nos oprime. Así no es posible vivir.

Deseamos que la justicia vea claro; que, en vez de las encontradas emociones que sufrimos, sepamos á qué atenernos; que los culpables sufran el castigo y que la sociedad se convenza de que las leyes y los encargados de cumplirla la amparan.

Que pase pronto esta horrible pesadilla; que la fe y la esperanza renazcan en nuestro corazón, y que la caridad, brindándonos sus puros gozos, nos permita cuanto antes trocar esos horizontes horribles en dulces y agradables perspectivas.

Como un reposo á nuestro espíritu, triste también, pero que representa nobles y generosos sentimientos, voy á hablar á mis lectoras de la dolorosa pérdida que ha sufrido una de las familias más respetables y dignas de Madrid.

El día 14 falleció el conde de Belascoain. Los periódicos se han limitado á recordar las cualidades que desplegó en los varios cargos públicos que desempeñó durante su vida, siempre laboriosa y activa. Pero si bajo este punto de vista se hizo acreedor al aprecio de los Gobiernos y de las corporaciones que utilizaron sus servicios y pusieron á prueba su clara inteligencia y su inquebrantable lealtad, sobre estas cualidades, que honran su nombre y su memoria, son dignas de mención las que en la vida íntima, como hombre de familia y de sociedad, desplegó en todo tiempo.

Los que poseen un alma expansiva, generosa, dispuesta á todos los sacrificios por el afecto; los que consagran su inteligencia, su actividad, todo su ser á difundir los más nobilísimos y puros sentimientos en torno suyo, no desaparecen, no pueden desaparecer. Su recuerdo está unido á las infinitas emociones que van formando la historia de nuestro corazón, y aunque se han ido para siempre, no podemos acostumbrarnos á esta idea; no los vemos, pero los sentimos; nos parecen ausentes próximos á volver, y cuando la dolorosa verdad nos domina, cuando pensamos que nuestra esperanza es ilusoria, todavía nos queda en este triste recuerdo un dulce consuelo.

Se fué, pero nos dejó algo suyo, algo que vivirá con nosotros mientras vivamos.

Un libro interesante y lleno de enseñanzas podría hacerse con la historia detallada del conde de Belascoain. Era un niño encerrado en el cuerpo de un hombre. Su hogar era un hogar modelo. Su insaciable actividad, sus nobles aspiraciones, sus generosos instintos le impulsaban á idear sin tregua, á proyectar sin descanso. En su imaginación bullían las empresas más atrevidas, los adelantos le enamoraban, y quería para su país todos los progresos, todos los bienes que la cultura ofrece á otras naciones más afortunadas. No había desdicha que no le conmoviera, invención que no le entusiasmase, y luchando de buena fe contra la rutina, contra la falsedad y contra los demás escollos que ofrece el proceloso mar de la sociedad moderna, fué poco á poco perdiendo su fortuna, su vigor, su salud, pero no su entusiasmo.

Estoy seguro de que en el lecho de muerte ideaba todavía algo grande, algo generoso, de que en las postrimerías de esa vida tan llena de trabajos, de preocupaciones y de ansiedades, no sintió morir más que por dos motivos: el de separarse de su santa esposa, de sus adoradas hijas, y el de no haber podido realizar todo el bien que su corazón le había dictado.

Si no temiera ofender la modestia de la noble y á la vez sencilla familia en cuyo seno ha vivido, ¡qué cuadro de virtudes domésticas tan admirable y tan simpático podría trazar, yo que he sido testigo y admirador constante de él!

Los disgustos de la vida exterior, las pérdidas ocasionadas por empresas siempre nobilísimas, aunque malogradas; las naturales desesperaciones del hombre que no conseguía realizar sus generosas aspiraciones, todos estos pesares hallaban un dulcísimo bálsamo en lo íntimo de aquel hogar donde no había entre todos los que le formaban más que un deseo: el de amarse.

Ni una queja contra los explotadores, ni una insinuación contra lo que podrían parecer ilusiones del jefe de la familia. ¡Una abnegación sin límites en todos! ¡Una unión, un cariño envidiables!

Hay en la vida algo superior á los títulos nobilísimos, á la fortuna, al poderío, y eso no se pierde aunque el poderío y la fortuna desaparezcan.

La sociedad, que no siempre ha sido justa con el hombre, todo corazón, que ha cesado de existir, ha



rendido á su memoria un homenaje más puro, más intenso que el que se ofrece á los potentados de la tierra.

Cuanto le han conocido sienten su muerte, pero con sinceridad.

Su familia, más digna hoy de consideración, de respeto y de aprecio que cuando estaba en el mayor apogeo, tiene el consuelo de ver que muchos corazones laten al unísono con el suyo.

Y el mayor consuelo que en esta triste vida encuentra el alma, es saber que no está sola en la hora del dolor.

Muy tristes son mis *Ecos* de esta semana; pero ¿no es mi misión reflejar el aspecto de las cosas?

El espejo no puede hacer más que copiar lo que le ponen delante.

Por eso me apresuro á cambiarle de posición, dirigiéndole hacia mis amables lectoras.

JUAN DE MADRID

## PREGUNTAS Y RESPUESTAS

M. G., *La Guardia*.—Muy en breve recibirá usted el libro de *Semana Santa* que desea.

S. G., *Salamanca*.—Gracias por la suscritora que nos ha proporcionado y por la propaganda que hace en favor de nuestra publicación.

A. G.—Será muy bien recibido el joven que ha de venir á recoger sus encargos. Estos esperan su llegada desde hace unos cuantos días.

A. C., *Córdoba*.—Nada tiene usted que agradecer. Antes por el contrario, los reconocidos á sus bondades somos nosotros.

Una rubia.—Los colores que más le convienen á usted son el azul pálido, el malva, el blanco y el verde claro.

J. L., *Madrid*.—Es difícil contestar á lo que usted me pregunta. Todos los puntos que usted designa son muy á propósito para pasar el verano. Hay quien prefiere las Arenas de Bilbao, quien no puede prescindir de la Concha de San Sebastián, quien no encuentra placer más que en el Sardinero de Santander. Es cuestión de gustos y... ya sabe usted lo demás.

Carmen.—No puede usted prescindir, yendo á baños, de un traje de percal. Como las formas actuales son tan sencillas, el principal inconveniente de estos trajes, que es que se arrugan, puede salvarse por la facilidad que hay para plancharlos. Con estos trajes sienta muy bien un sombrero *paillason* de paja gruesa, sencillamente adornado con cocas de cinta del color que domine en el traje.

Baronesa de E.—Salvi ejecutará el enlace y la corona que usted desea.—Muchas son las personas que, como usted, se proponen ir desde San Sebastián, San Juan de Luz y Biarritz á Barcelona. En el mes de Septiembre estará aquella hermosa población animadísima.—Gracias por las cinco suscripciones de sus amigas.

Luz pálida.—Use usted los Polvos de Candor. Le aseguro que me agradecerá la indicación.

Eloísa.—Sí, señora. En Vigo pueden alquilarse casas amuebladas como en San Sebastián y otros puntos. Además hay fondas de primer orden.

Aurelia.—El Doctor dice que lo menos han de pasar

seis horas entre la comida y el baño. En su opinión, los baños que mejor sientan son los que se toman, ó por la mañana en ayunas, ó á las once, cuando no se ha tomado por desayuno más que chocolate ó café.

La mamá feliz.—Puede usted vestir al más pequeño de sus dos hermosos niños con un trajecito marinero compuesto de pantalón corto y blusa. El cuello se adorna con áncoras doradas. No se inventa nada que más favorezca á los pequeños. Al mayor, chaqueta de paño azul, chaleco de piqué blanco y pantalón corto, azul también. Para el primer traje, sombrero marinero y para el otro, sombrero redondo de paja blanca con cinta azul.

J. S., *Cádiz*.—Sí, señor, aún hay ejemplares de *El Juguete nuevo*. Le enviamos los dos que pide, y usted remitirá 2 pesetas 50 céntimos, porque para que no se extravíen se han certificado.

Aurora.—Los cuellos vueltos de encaje adquieren cada día mayor boga. Puede usted adoptarlo, en la seguridad de ir á la última moda.

Felicia.—En efecto, no sólo en las playas, sino hasta en los paseos, se va aclimatando en España la costumbre de las inglesas y de las francesas de hacer labores.—Puesto que tiene usted toda la colección de *LA ÚLTIMA MODA*, busque usted y hallará modelos de labores fáciles y bonitas, que le harán pasar el rato agradablemente.

La Bilbaína.—La idea que usted me propone me parece excelente, y creo que pocas serán las suscritoras á quienes no agrade. Pero hay que tratar el asunto con más detención, y le dedicaré pronto capítulo aparte.

LA SECRETARIA.

## EL REGALO DE ESTE NÚMERO

Una hoja de patrones de modelos publicados en el periódico, y al dorso la continuación del Abecedario para marcar sábanas de lujo que comenzamos en la hoja de patrones anterior.

## PASATIEMPO

MOSAICO

Sustituyendo los puntos por letras, leer horizontalmente: 1.º Consonante. 2.º Nombre de letra. 3.º Horizontal. 4.º Tercera persona del singular de un verbo. 5.º Tela. 6.º Ave. 7.º Nombre de mujer. 8.º Pasión. 9.º Artículo. 10. Infinitivo. 11. Vocal.

ALEJANDRO PIZARRO.

## Solución á la fuga de consonantes del núm. 27.

A un pájaro enamorado mató en un árbol de un tiro, pero al descender el cuerpo cayó el corazón al nido.

A pesar de algunas erratas que se deslizaron en este pasatiempo, lo han acertado las señoritas doña Generosa Láinez de Sueca, doña Matilde Zafra y Mora, de Málaga, doña Ana Sotomayor y Perez, de Madrid, y doña Filomena Antúnez, de Sevilla.

Han enviado la solución al anagrama del núm. 26, además de las suscritoras que citamos en el número anterior, *Lolita Rosa*, otro anagrama que no hemos podido acertar, doña A. Cárdenas, del Puerto de Santa María, doña Elena de Coca, de Granada, y doña Matilde Ibáñez, de Madrid.

La señora doña Severa Lubary, de San Bartolomé (Canarias), envió á uno de nuestros corresponsales la solución del cuadrado de palabras del núm. 22 y la de la fuga de vocales del núm. 23, que no por haber llegado tarde han sido menos agradecidas.

## ADVERTENCIA IMPORTANTE

Si en alguna población cesaren de recibir el periódico las suscritoras á quienes sirven los Centros de suscripción á domicilio, no crean, aunque lo aseguren, que se ha suspendido ó ha dejado de publicarse *LA ÚLTIMA MODA*. Será que nos habremos visto en la triste necesidad de prescindir de los servicios del Centro de la población en donde esto suceda; y en este caso, las señoras que deseen continuar recibiendo el periódico, tendrán que suscribirse por un trimestre lo menos, enviando directamente el importe á nuestra Administración.

Las horas de oficina en la Administración de *LA ÚLTIMA MODA* son: desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, los días no festivos.

## La Última Moda.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN		Directa.	Por comisionado.
En la Península...	Tres meses	3 pesetas.	3,50 pesetas.
	Seis meses	6 "	7 "
	Un año	12 "	14 "
En Portugal...	(Seis meses)	1,500 reis.	1,800 reis.
	Un año	3,000 "	3,600 "
Cuba y Puerto Rico	(Seis meses)	"	2 p. 60 cts. oro
	Un año	"	5 p. oro.
Filipinas...	(Seis meses)	"	5 p. f.
	Un año	"	10 p. f.

En los Estados hispano-americanos fijan el precio los corresponsales.

Repartido á domicilio por los Centros de suscripción: en la Península, cada número, 25 céntimos.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

EXPOSITION UNIVERS<sup>le</sup> 1878  
Médaille d'Or Croix de Chevalier

LAS MAS GRANDES RECOMPENSAS

Nueva Creacion

**PRIMAVERA**  
**E. COUDRAY**

Inventor de la

PERFUMERIA ESPECIAL a la LACTEÍNA  
Tan apreciada por la gente de buen tono

Jabon.....PRIMAVERA  
Aceite.....PRIMAVERA  
Agua de Tocado.....PRIMAVERA  
Esencia.....PRIMAVERA  
Polvos de Arroz.....PRIMAVERA

FABRICA Y DEPOSITO:

PARIS 13, Rue d'Enghien, 13 PARIS  
Se encuentra en todas las buenas Perfumerías.

EL JUGUETE NUEVO, COMEDIA DE salón, en un acto, por Juan de Luz.—Precio, una peseta.—Pídase á la Administración de *LA ÚLTIMA MODA*.

ESTABLECIMIENTO LITOGRAFICO DE don José María Mateu.—Barquillo, 4 y 6.—Madrid.—Especialidad en cromos de gran lujo.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

**La VELOUTINE**  
Polvo de Arroz especial  
PREPARADO AL BISMUTO  
Por CH. FAY, Perfumista  
9, rue de la Paix, 9, PARIS

## CREPÉ MIKADO



Sin duda han notado ustedes que algunas de sus amigas se peinan con la corrección que acusan las cabezas que reproducimos. La causa de esa perfección consiste en que usan el *crepe mikado*, aparato sencillo que sólo pesa 15 gramos, ahueca

los cabellos, impide que se humedezcan con la transpiración y da al peinado la forma artística que exige la belleza. El modelo que publicamos, se coloca en línea vertical detrás para formar el retorcido, ó delante en línea horizontal para formar la onda que tan bien sienta bajo las capotas y en los peinados de baile y recepción. || Las suscritoras de *La Última Moda* pueden adquirirlo: en Madrid, en nuestra Administración, por una peseta cincuenta céntimos, y en provincias, franco de porte y certificado, por dos.



Perfumería de Candor (París).  
**POLVOS DE CANDOR**

PARA EL CUTIS

(BLANCO.—ROSA.—RACHEL)

Precio de la caja, 4 pesetas. Por correo certificada, 5 pesetas.  
Se hallan de venta en la Administración de *LA ÚLTIMA MODA*.

DANIEL CORTEZO Y COMPAÑÍA, CALLE de Pallars (Salón de San Juan), Barcelona. Publicaciones de esta importante casa editorial: *Biblioteca Arte y Letras*. Suscripción permanente. Un tomo mensual, lujosamente encuadernado é ilustrado, con su correspondiente volumen de la *Biblioteca clásica española*, 4 pesetas.—*Novelistas españoles contemporáneos*. Por suscripción, un tomo mensual, 2,50 pesetas.—*Biblioteca de Maravillas*. Por suscripción, un tomo mensual, dos pesetas.

OBRA EN PUBLICACIÓN: *España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia*. Precio del cuaderno, una peseta. *Las grandes capitales*. Primera serie: París, Roma, Londres, Berlín. Precio del cuaderno, una peseta.

ALBUMS DE DIBUJOS Y ABECEDARIOS para bordados, por D. Manuel Salvá.—Albums de cuatro ó cinco abecedarios para pañuelos, 40, 75 y 1,50 pesetas, y de un abecedario, á 35 céntimos.—Albums de abecedario para marcar sábanas, á 2 y 3 pesetas; con el mismo dibujo para almohada, á 1,50 uno.—Albums de letras para mantel y servilletas, á 1,50 y una peseta.—Albums de letras enlazadas. Cada uno contiene 48 enlaces, y en cada cuaderno hay combinaciones con una letra del alfabeto. Precio del cuaderno: una peseta. Pídanse á la Administración de *LA ÚLTIMA MODA*. Si el envío ha de certificarse, remitanse 50 céntimos de peseta para el certificado.